

Arturo Uslar Pietri: un clásico moderno.
Rafael Arráiz Lucca.

En enero de 1996 el reconocido latinoamericanista Karl Kohut organizó en la Universidad de Eichstätt (Alemania) un coloquio sobre la literatura venezolana, en sus palabras inaugurales se refirió a Uslar Pietri como el “Néstor venezolano”. En la mitología clásica Néstor representa el arquetipo del viejo venerable, que ha vivido la ancianidad dilatadamente, es prudente, sabio, desempeña naturalmente el papel de consejero, posee el don de la elocuencia, es memorioso y se presta a la conciliación. De todos los atributos nestorianos que Uslar desarrolló, los de conciliador y memorioso no calzan con exactitud, no porque algunas veces no se entregara en brazos del recuerdo o, también, fungiera de centro conciliador, sino porque la voz crítica y el interés por la actualidad pesaban más en su espíritu que la melancólica rememoración o la esquivación de los conflictos. Los otros atributos, sin duda, llevaron al profesor Kohut a llamarlo con propiedad el “Néstor Venezolano”. Para 1996 la obra literaria de Uslar había concluido, tan sólo dos años más escribiría su columna semanal “Pizarrón”, y el prestigio que lo elevaba a suerte de conciencia nacional, imperaba desde cerca de veinte años atrás. De hecho, la perspicacia habitual de Juan Nuño lo había identificado en 1986, con motivo de sus ochenta años, como el “Tótem de la Tribu” y, ciertamente, lo era. Incluso desde las alturas del poder del Estado, se reconoció su condición nestoriana. Entonces gobernaba Acción Democrática y Jaime Lusinchi, sus adversarios históricos, y exaltaron con un acto en el Palacio de Miraflores la obra y las virtudes del gran venezolano, otrora anatema.

Como vemos, el reconocimiento del valor de la obra uslariana no fue tarea póstuma. Quizás ello pudo ocurrir porque nuestro autor debe ser el único entre nosotros que publicó una novela de valores perdurables cuando apenas contaba veinticinco años, y había entregado un libro de relatos que modificó el panorama cuando no llegaba a los veintitrés. Esta precocidad asombrosa, colocó a este joven en las puertas del poder político cuando ya era dueño de unos logros literarios significativos. Y así fue como a su condición de hombre de letras se le fue sumando la de hombre de Estado, y pudo darse el extraño caso según el cual un joven de treinta y nueve años es aventado al exilio político, y ya para entonces había sido ministro de varias carteras, y segundo de a bordo de un gobierno reconocido favorablemente por muchos.

Cuando el joven Uslar regresa al país en 1950, ha recuperado la tarea de escribir y de impartir clases, ha caído de las alturas de la notoriedad hasta el anonimato de un cubículo de profesor en el Departamento de Español de la Universidad de Columbia y, muy particularmente, se ha encontrado con la investigación, el estudio y la palabra escrita, después de metabolizar la experiencia decisiva del hombre público. Esto, que

excepcionalmente podría alguien abonarlo a su cuenta al final de sus días, el joven caraqueño lo hacía sin ni siquiera llegar a los cuarenta y cinco años.

El contrapunteo entre la vida intelectual y la del político fue una constante en su itinerario. Y si la pública no le hubiera brindado los hiatos que le dio, la intelectual no habría arrojado los frutos que ahora celebramos. Él mismo, no sin una pizca de ironía, afirmaba que le debía a Rómulo Betancourt y a su partido haberle devuelto al mundo de los libros. Para el 18 de octubre de 1945, si revisamos su bibliografía, veremos que no publica un libro desde 1936: nueve años de silencio literario conducen a creer que se ha abandonado la tarea, y de no ocurrir la violenta interrupción ha podido ser así. A partir del exilio neoyorquino la escritura comienza a emerger de nuevo: una novela y un libro de ensayos confirman su vocación, y a partir de entonces no habrá paréntesis dilatado alguno y los géneros se multiplicarán hasta que la vista, en sus últimos años, le dificultara la tarea del investigador. En el futuro escribirá teatro y poesía, el ensayo se tornará en abundante y profundo, cinco novelas más cerrarán el círculo de las siete que concluyó, nuevos libros de relatos serán entregados a los lectores y, a partir de 1948, una columna periodística que cerró en 1998, cincuenta años después, con cerca de 1890 artículos publicados. A este prodigio de la voluntad creadora se sumó la hechura durante treinta años del programa televisivo *Valores Humanos*, suerte de ejercicio redondo de la pedagogía mediática de su tiempo.

¿De dónde emanaba tanta fuerza? ¿De cuál manantial puede brotar semejante torrente? Señala Andrés Boersner que el fervor laboral de Uslar Pietri se funda en su confesado agnosticismo y, ciertamente, la observación es aguda. Quien no tiene fe en una vida más allá de la circunscrita por su condición humana, vive al borde de la extenuación de sus capacidades, entregado a la única tarea posible: el mundo del aquí y el ahora de su tiempo. Sin duda, la vasta obra uslariana no puede ser fruto de un amor a Dios que el autor no profesó, lo que deja íngtima la semilla de la filantropía, la única que puede explicar la magnitud de la tarea. En el fondo, es otro amor, que siendo humano, bien pueden los cristianos atribuírselo al mismo Dios.

Decir que un autor fue un polígrafo puede señalar una voluntad creadora, pero no unos logros. Por ello señalar su condición poligráfica sería insuficiente, se impone apuntar que en el campo del relato su obra inicial fue renovadora en el plano continental; que para la llamada “novela histórica” su aporte fue de primera línea, de hecho es el primero en abordarla desde una perspectiva moderna (*Las lanzas coloradas*), y que el género ensayístico continental cuenta con sus incisivos y documentados análisis para esclarecer el camino de lo hispanoamericano. Pero las líneas que preceden hablan de un autor literario, y Uslar no fue sólo un artífice de la literatura, sino que su cultura y su afán lo llevaron a trazar líneas globales, comprensivas,

que sólo podían trazarse desde una visión compleja y completa de los asuntos humanos. Fue un político, en la medida en que ninguno de los asuntos de la *polis* le fue ajeno. Y fue un hombre de la cultura, en el sentido de que toda obra del hombre está inmersa en un tejido de realizaciones, que Uslar se empeñó en conocer.